

Bogotá sin piernas, sin ojos, sin oídos



Juan Pablo Tovar Sierra*

juantovar5@yahoo.com

Luis Antonio Chaparro salía de su casa en el barrio Marco Fidel Suárez, en el sur de la ciudad, a hacer una diligencia en un banco del centro. En la calle, sus pasos eran guiados por su bastón de invidente con el que iba tanteando la ruta. De repente, sintió un vacío y al instante se quedó sin suelo. Lo siguiente fue un “golpazo” en una pierna y en los brazos. Luis se sentía en una trampa, y es que la mitad de su cuerpo había quedado enterrado en una alcantarilla sin tapa.

“Un par de personas me auxiliaron a salir de ese hoyo, aunque quedé muy resentido de una rodilla”, cuenta este hombre ciego de 40 años, de cabello castaño corto, bigote y que siempre usa gafas oscuras. Luis Antonio recuerda que le dijeron que podía demandar al Distrito por ese accidente, pero no quiso hacerlo para evitar un pleito legal y ponerse en molestias. Después de ir al médico que le curó algunas heridas leves le dieron cinco días de incapacidad.

Ésta es una de las ocasiones en que Luis Antonio se ha sentido más incómodo y frustrado por su condición de invidente. Y es que para él la falta de andenes adecuados, las calles con obstáculos y en las que hay poco espacio para movilizarse como peatón son su mayor dificultad. *“En este año me he caído unas dos veces por tropezarme con algún hueco, aunque no falta algún estrellón con un bolardo”,* dice este hombre que vive en el barrio San Luis, cerca del Portal de Transmilenio de las Américas.

Hace más de un año y medio ocupa una de las casas de la urbanización de Metrovivienda, donde también ha encontrado dificultades. Algunas de las calles no están pavimentadas, por lo cual Luis Antonio debe caminar con cuidado para no tropezar y en ocasiones, cuando llueve, lleno de lodo camina las ocho cuadras que lo separan del paradero del alimentador de Transmilenio. Algún auxiliar de Policía le colabora por obligación para tomar el transporte.

▶▶ * Estudiante de Comunicación Social y Periodismo, 20 años. Universidad Sergio Arboleda. Taller de El Tunal.

♦ Pista de obstáculos

A las 9:00 a.m., Claudia Acosta sale de su casa en el barrio San José sur, ubicado a una cuadra de la troncal de la Caracas, acompañada de su hija, quien la lleva en una silla de ruedas. Claudia es una mujer paralítica de 30 años, de cuerpo robusto y cabello tinturado. Al salir de su casa lo primero que encuentran es el angosto andén con un sardinel de unos 50 centímetros de alto. Entonces debe pasar su silla por la calle, donde sorteará los huecos del pavimento como si fuera una pista de obstáculos.

Una llovizna incesante lleva a apresurar el paso a Claudia y a su hija, de 13 años de edad, que sostiene la silla de ruedas con un par de asas. Al llegar a la Caracas continúan por toda la calle y empiezan a movilizarse como si fueran un vehículo más. La madre está pendiente de los otros carros que hay en la vía y le dice a su hija que tenga cuidado. Al llegar a un semáforo peatonal, donde hay una rampa para atravesar la carrera, pasan hacia el barrio El Olaya y siguen su marcha hacia el sur. En algunas partes deben sortear los coches parqueados en la acera mientras vienen otros autos en sentido contrario, dejándoles un margen estrecho para andar. *“A mi siempre me dan miedo los carros, miedo a que lo cojan a uno y lo manden lejos”*, dice Claudia, mirando hacia el frente.

A pesar de esto a Claudia no le parece peligroso circular en su silla por la calle, eso sí, dice que siempre busca movilizarse por vías alternas y no por las principales. Y es que, además, en su barrio hay muy pocos andenes con rampas adecuadas para subir su silla de ruedas. *“Sólo algunos tienen rampa, más que todo en las avenidas por donde pasa el Transmilenio”*, afirma. Tal vez la única dificultad que tiene son los huecos. Alguna ocasión, en un día lluvioso, sin darse cuenta cogió uno de ellos, que estaba cubierto de agua, y una de las ruedas delanteras de la silla quedó enterrada. Ella salió expulsada hacia delante y cayó en el pavimento.

Después de unos veinte minutos de recorrido por las calles y avenidas, Claudia y su hija llegan finalmente a su destino en el barrio el Restrepo. Ahí Claudia trabaja como vendedora ambulante en un pasaje comercial, ubicado sobre uno de los andenes de la carrera 24, una de las vías más concurridas y comerciales de este sector. El local de Claudia es el número 114, donde vende forros de controles de televisor y de celulares. Además, ayuda a una amiga suya a vender películas de DVD y CD de música pirateados, y como *“la lana”* (gorros, bufandas y guantes).

Las manos de Sandra Borrás se mueven a toda velocidad. A medida que hace señas con ellas, formando círculos, uniéndolas o en ocasiones tocándose los brazos o la cara, refuerza lo que dice con expresiones acentuadas en su rostro y abriendo la boca, aunque sin emitir sonido alguno. Sus interlocutores son un grupo de 15 niños de los grados tercero y cuarto del grupo de estudiantes sordomudos del Colegio San Francisco, en la localidad de Ciudad Bolívar.

En su salón de clases, adornado con carteleras de colores y dibujos hechos por los estudiantes, reina el silencio. Los niños sentados en sus pupitres miran atentamente a Sandra, la profesora asistente, una joven de 23 años, ojos miel, cabello castaño, piel trigueña, con el uniforme gris de la institución, y quien es sordomuda de nacimiento. En ocasiones se oye el ruido de alguna silla que se corre o de algún estudiante que alcanza a producir algo de voz, pero sin lograr articular palabra. A pesar de esto, los estudiantes no pierden su concentración y siguen la lección por medio de las señas que hace su maestra.

José Antonio, Claudia y Sandra son parte de las 2'625.000 personas que tienen alguna limitación física o mental en Colombia, según el Censo del Dane de 2005. De estas, 331.300 viven en Bogotá, de las cuales cerca de 88.000 tienen alguna limitación para moverse o caminar, 128.000 algún tipo de limitación para ver y aproximadamente 60.000 para oír y hablar. Ellos terminan por adaptarse a una ciudad que no pareciera estar diseñada para ellos.

♦ La ciudad a un metro del suelo; la ciudad a oscuras

Sandra trabaja como profesora hace más de un año. Su labor consiste en propiciar espacios de comunicación para los estudiantes sordomudos, además de enseñarles matemáticas, ciencias naturales y geografía. En 2004 acabó el bachillerato en el Instituto Nuestra Señora de la Sabiduría para personas con limitaciones para oír y hablar. Ha vivido siempre en Soacha con sus padres, quienes tienen la misma discapacidad, y dos hermanas menores que sí son hablantes.

Con la ayuda de un intérprete, Sandra dice que a pesar de su discapacidad ella no se siente disminuida ni que por eso se le dificulte hacer alguna cosa. Además, dice que el hecho de haber nacido sordomuda le permite tener una mejor habilidad motriz para hablar con señas que otras personas hablantes que aprenden ese lenguaje. Por esta razón, después de graduarse de bachiller decidió buscar trabajo como maestra y consiguió el puesto por medio de la Federación Nacional de Sordos de Colombia.

El salón en el que dicta clase lo comparte con una maestra hablante del grado cuarto de primaria llamada Mary, una mujer de 40 años que maneja la lengua de señas. El aula se divide por la mitad, unos seis niños se sientan dirigidos hacia Sandra mirando hacia un tablero que hay en la pared. El resto de los estudiantes observa hacia el otro extremo, donde hay otra pizarra y donde está Mary. Las dos clases se hacen simultáneamente a ambos lados del recinto. Pareciera haber una pared invisible de silencio que las separa. Mientras en una se dicta una lección de español, acerca de cuentos y leyendas, en la otra Mary les habla a los niños, por medio de las señas, de la cadena alimenticia. La maestra explica que los animales dependen del ecosistema en el que viven y va preguntado qué animal pertenece a cada uno. Los niños se apresuran en responder y tratan de llamar la atención de ella alzando sus manos muy alto; incluso algunos se ponen de pie y se acercan para poder ganar la palabra.

Sandra cuenta que algunas veces al cruzar la calle se asusta porque los carros le pitan casi encima sin que ella alcance a notarlos. *“Sólo cuando están muy cerca los alcanzo a percibir por la vibración que hacen, es como un corrientazo que me pasa por la piel”*, dice ella con señas, y seguido toca sus antebrazos con las manos recreando lo que siente. En momentos como ese se da cuenta de que hay cierta indiferencia hacia personas con discapacidad. Incluso recuerda que el año pasado dos niños sordomudos de su clase, que caminaban por la mitad de una calle del barrio San Francisco, fueron atropellados por una volqueta. *“Es que aquí la gente tiene la costumbre de no andar por el andén y los niños siguen el ejemplo”*, añade la maestra Mary, mientras aclara que los niños no sufrieron heridas graves.

En otras ocasiones a Sandra le ha pasado que su discapacidad para comunicarse la aleja de las demás personas o le resta independencia. Por ejemplo, en una ocasión que iba por la calle una señora le pidió ayuda para encontrar una dirección. Ella trató de ayudarle pero no se entendieron, después intentó decirle que era sordomuda, pero igual no pudieron comunicarse. También hace unos seis meses tuvo que ir al médico por un dolor que tenía, pero le fue imposible decirle al doctor lo que sentía. Se vio obligada a llamar a una de sus hermanas para que le interpretara y así le pudieron diagnosticar que tenía apendicitis. Además, le molesta que algunas personas se rían o se burlen cuando ella se comunica con el lenguaje de señas.

Después de que Claudia llega a su puesto de ventas en el Restrepo empieza a organizar las cosas que vende. El local 114 se sostiene por un par de palos de madera sobre los que hay una carpa plástica. Es un pequeño espacio en una esquina del pasaje comercial en el que sobre una tabla de madera exhibe las películas, y a su lado las prendas de lana sobre un mostrador improvisado. Lo primero que hace es organizar las películas tratando de ubicar mejor los estrenos recientes: *El hombre araña III*, *Shrek III* y *Piratas del Caribe* son algunos de los títulos que se distinguen. En un momento una caja de una de las películas cae al suelo y al tratar de recogerla la mujer le pasa una de las ruedas de su silla por encima y de inmediato dice *“casi que la iba espichando con una de mis patas”*.

En la mañana su hija Tatiana la acompaña. La pequeña, que viste el uniforme de su colegio, deja a su mamá en la tarde cuando se va a estudiar. Claudia trabaja desde las diez de la mañana hasta las ocho de la noche. En el espaldar de su silla de ruedas pone un saco de lana *“para que no talle el cuerpo”*. Alrededor de su cintura lleva un canguro donde guarda sus ganancias y un celular Nokia con el que también vende minutos a celular.

Ella es vendedora ambulante hace más de 13 años. *“Mi hermana, mi mamá y yo dependíamos económicamente de mi papá, así que cuando él murió nos tocó salir de la casa a ganarnos la vida”*, recuerda con nostalgia. Comenzó vendiendo en las esquinas y semáforos frutas, dulces, lápices y esferos. En esa época Claudia andaba en muletas debido a la artritis degenerativa que le afectaba la movilidad de sus piernas. Un tiempo después, en

1999, esa misma enfermedad la dejó en silla de ruedas. Después siguió con las ventas en la calle que la llevaron al barrio el Restrepo. *“Una vez en una batida de la Policía me agarraron a mí y a unos compañeros”,* cuenta ella, *“después me tuvieron que subir entre cuatro uniformados al camión con silla y todo”*. Al llegar a la Estación le pidieron que firmara un compromiso de que no iba a trabajar más en la calle, pero ella nunca lo hizo. Hace dos años la Alcaldía la reubicó a ella y otras decenas de vendedores en el pasaje comercial sobre la carrera 24.

En su casa del barrio San José sur vive con su hermana, su hija y tres sobrinos más. *“Es un poco difícil vivir ahí porque el espacio es muy reducido”,* afirma Claudia. Cuando necesita movilizarse a algún lugar lejano de la ciudad dice que la única forma de transportarse es en taxi, aunque no le es fácil pagar la carrera, o en Transmilenio, que es más barato. Este último medio se ha adecuado más a su discapacidad, ya que la estaciones tiene rampa, y en los buses hay un espacio especial para personas como ella, donde viajan más cómodos y seguros. *“Cuando tengo que ir a algún lado cercano me voy a pie”,* dice refiriéndose a andar en la silla de ruedas. También, una que otra vez, le debe hacer mantenimiento a su “vehículo”. Si necesita alguna reparación lleva su silla a una bicicletería. Actualmente está ahorrando para comprarse una silla más cómoda que cuesta \$450.000.

A principios de este año Claudia tenía una cita médica en un centro hospitalario del barrio Olaya. Cuando llegó al lugar donde le debían hacer un chequeo rutinario se encontró que el consultorio del doctor quedaba en un segundo piso y no había ascensor. Ante esta situación el médico tuvo que bajar y atenderla en el primer piso. *“Esa vez me sentí un poco incómoda, aunque en esos lugares deberían pensar más en las personas discapacitadas”,* dice ella. Aún con estas dificultades, Claudia expresa que no teme salir a cualquier parte. Cree que hay personas que se resignan y se quedan encerradas en la casa o empiezan a mendigar. Eso sí, dice que le gustaría que hubiera más oportunidades para personas parálíticas. *“Si pudiera me saldría de la calle a otro trabajo, pero tendría que pagar bien, ya que un salario mínimo no le alcanza a una persona como yo, teniendo que pagar arriendo, servicios y el colegio de mi hija”*.

♦ Guiarse por los olores

José Antonio ha aprendido a reconocer el lugar en el que se encuentra de la ciudad por los olores que percibe y en ocasiones por lo que oye. Al no tener vista sus otros sentidos se han desarrollado más. Dice que a Chapinero lo distingue por el olor de los carros, de la gasolina y de pavimento mojado. Al bajar del alimentador que lo lleva a su barrio, se da cuenta de que se va acercando hacia su casa porque pasa cerca a *“un río que huele como maluco”*. También se orienta por el olor que tiene una panadería o algún restaurante que quedan allí. En otros lugares como en la carrera 30 con Primera de Mayo dice que se respira un aire más puro.

Cuando vivía en Fontibón recuerda sobre todo el sonido de los aviones pasando por encima y cómo hacían interferencia con sus electrodomésticos. Para este hombre, nacido en El Castillo, Meta, una de las mayores dificultades es el ruido de la calle, que en ocasiones lo desorienta. Dice que *“en la calle los carros pitan mucho”*, cosa que le molesta. A pesar de esto nunca se ha perdido y si alguna vez siente que no sabe dónde se encuentra le pregunta a alguna persona.

José Antonio vive hace más de diez años en Bogotá. Antes trabajaba en San José del Guaviare como motorista de lanchas. Movía todo tipo de mercancía por los ríos Guaviare y Unilla. Había empezado a trabajar como asistente de otra lancha y tiempo después, con más experiencia y dinero pudo comprar un pequeño barco con motor. *“El 25 de mayo de 1998 estaba en una heladería allá en San José con un amigo y su esposa. Entonces una patrulla del Ejército entró al lugar y alguien les lanzó una granada”*, cuenta en pocas palabras.

Las esquirlas de la granada le cayeron en la cara a José Antonio. Una de ellas en el ojo derecho, que perdió totalmente, y otra le afectó el nervio del ojo izquierdo, haciéndole perder la visión por completo. *“A los heridos nos trajeron en un avión del Ejército a Bogotá”*, afirma este metense. Aquí en la capital, y después de pasar un tiempo en el hospital, empezó a vivir con su papá en el barrio Fontibón. *“Al principio dependía mucho de la ayuda que me diera mi padre, pero después por problemas con una esposa que él tenía me tuve que ir de ahí”*, dice.

Hace más de dos años vive solo en una casa en el barrio San Luis. Se mantiene con una pensión que le dieron por ser, como él dice, *“víctima de la guerra”*. A mediados del año pasado empezó a hacer un curso en Centro de Rehabilitación para Adultos Ciegos (CRAC), ubicado en la calle 8ª con carrera 30. Ahí ha aprendido ebanistería, manejo del espacio de la casa, informática y lectura en braille. A José Antonio le gusta principalmente la carpintería y ya ha hecho algunas piezas, como percheros, casas de madera y cubierteros.

Se transporta casi siempre en Transmilenio, donde los auxiliares de Policía o las personas del servicio le ayudan y lo orientan para coger las rutas de bus. También a veces toma el transporte público, para lo cual busca la calle donde pasa y le pide orientación a alguna persona. En las calles su mayor herramienta es su bastón de invidente, con lo que anticipa cada paso. José Antonio recuerda que una vez extravió un bastón en un taxi y que en un par de ocasiones en Transmilenio se lo han dañado *“porque la gente no tiene cuidado y se le paran encima”*.

Igualmente se orienta en los buses y en la calle por el tiempo que duran sus recorridos. Por ejemplo, sabe que del Portal de las Américas al centro de la ciudad siempre se puede tardar unos veinte minutos. Para saberlo José Antonio lleva un reloj de plástico autoparlante en el pulso de la mano izquierda. Cada vez que quiere saber la hora presiona un botón del aparato y lo acerca a uno de sus oídos. Del reloj sale una voz robótica con la hora y minuto

exactos. Así mismo, cuando sale a hacer alguna vuelta o a estudiar, se pone su par de gafas "bueno", un poco más resistentes. Esto se debe a que, como él mismo dice, *"uno nunca está exento de darse un estrellón en la calle, es que hasta en la casa le puede pasar, por más que uno ya la conozca"*.

José Antonio dice que se hace a la idea del desarrollo que ha tenido la ciudad en los últimos años. Por ejemplo, cree que hay más comodidad para transportarse y que se han recuperado algunos espacios como el del Parque Tercer Milenio. También piensa que la gente se ha vuelto más solidaria y cívica, a pesar de esto cree que todavía hay mucha inseguridad en la ciudad, *"casi a diario escucho que roban a alguien en Transmilenio"*. Finalmente, cuenta que le gustaría vivir en un barrio donde hubiera más comodidad, donde todo le quedara más cerca y donde existiera más espacio para caminar.